



LOS TEBEOS DE CORDELIA



Crónica Negra



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2017

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española © Reino de Cordelia. S.L.

Edita: Reino de Cordelia Alberto Alcocer, 46 - 3º B 28016 Madrid www.reinodecordelia.es

© Miguel Ángel Martín, 1997, 2017

Prólogo: © David Benedicte, 2017

IBIC: FXL

ISBN: 978-84-16968-23-7

Depósito legal: M-30543-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Técnica Digital Press Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Crónica Negra Miguel Ángel Martín







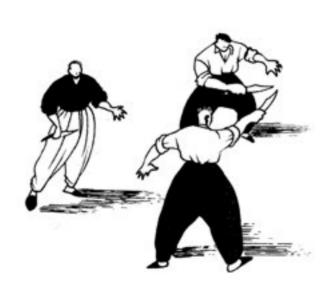




Índice

13	Tintín en Puerto Hurraco, por David Benedicte
21	Nota del editor. Martín y el Gallego Errante
25	Crónica Negra
27	Asesinan a un guardia civil leonés
31	Muerte por imprudencia de un guarda jurado
35	Secuestro y muerte de Emilio Zapico Arriola
37	Un funcionario asesina a tiros a un matrimonio
39	León dispara su criminalidad
43	El crimen del ferrocarril de vía estrecha de Ponferrada
47	Un guarda jurado muere de un garrotazo
51	Asesinan a un feriante el día del Pilar
55	Tiroteo en un bar minero
57	Dos jóvenes mueren a golpes

El asesinato de la hilandera	59
Mata a hachazos a su esposo	63
El Botas asesina a su amante	67
Muertes con arma blanca	71
Crimen por celos en una pensión	75
La venganza del pastor asesino	79
San Valentín sangriento	83
Un muerto en una reyerta en la montaña de León	87
Mata a su socio junto a la entrada de la mina	91
Ahoga a su suegro en el pozo de una noria	95
Violencia de género junto al pantano	99
Sucesos	102



Tintín en Puerto Hurraco

David Benedicte

UNCA UN MONTÓN de trazos salidos de la llamada línea clara habían ilustrado algo tan negro. Y tan nuestro. Pongámonos en situación. Año 1986. Miguel Ángel Martín (León, 1960), autor de álbumes como *Psichopatia Sexualis*, *Brian the Brain*, *Anal Core*, *Rubber Flesh* y *Snuff 2000*, entre muchos otros, echaba a volar. Sus viñetas no tardaron en hacerse hueco en publicaciones de tan variado pelaje como *El País*, *Marie Claire*, *Primera Línea*, *Maxim*, *GQ*, *Rolling Stone*, *Totem*, *Makoki* o *El Víbora*, entre muchas otras. Asimismo, Martín consta como pocos autores españoles cuya «dura y salvaje producción», según dejó claro el jurado, consiguió alzarse con un Yellow Kid (algo así como un Oscar comiquero). Fue en el Salón de Roma de 1999.

¿Y qué demonios hacía Miguel Ángel Martín en León, ciudad en la que nació, a mediados de los ochenta? Historia. Nos daba una pequeña lección de Historia con hache mayúscula. Demostraba a los lectores de aquello que por aquel entonces se llamaba «prensa seria» que, en ocasiones, el arte puede estar agazapado, cual implacable killer, entre las páginas de la sección de sucesos de un diario de provincias. Crónica Ne-

gra, así se tituló, una vez recopilado (publicado por la editorial Midons en 1997), uno de los primeros trabajos profesionales, en una faceta totalmente desconocida, del comiquero patrio más capacitado, más transgresor, polémico e irreverente que ha dado este país llamado España. Y esa misma *Crónica Negra* es la que acaba de caer ahora, en su edición revisada y completa, en tus manos.

Año 1986, ya se ha dicho. Mutaba por aquellos días el felipismo ilustrado en algo propio de un sainete de los de charanga y pandereta, eso sí, con un pie puesto en la CEE y otro en las elecciones generales. Miguel Ángel Martín abandona por aquel entonces la carrera de Derecho y su intención de ser fiscal por algo que, a la larga, sería mucho más productivo. Empieza a trabajar en *El Diario de León* y, a partir de 1986, en *La Crónica de León*, donde se ocupa de ilustrar las crónicas de sucesos y realiza las tiras *Keibol Black* y *Kyrie Nuevo Europeo*.

Es ahí, precisamente ahí, fajándose cada día con el filo más sórdido y violento de esa navaja automática llamada actualidad, donde aprende Miguel Ángel Martín dos lecciones que le serán de gran utilidad en su futuro como ilustrador. Una: hay que aplicarse, desde el principio, para dosificar la cantidad de sangre que entra en una viñeta. Y dos: no importa lo que uno pueda imaginar, hasta dónde sea capaz de llegar, ya que la triste realidad siempre superará a la ficción. Basa en hechos reales Martín sus primeros encargos. Satánicamente. Con el espíritu de un avezado cirujano que se enfrentase a su enésima autopsia. Le toca, pues, bucear en las miserias de la España más violenta e inmoral. Conoce Miguel Ángel Martín el tiempo de los asesinos y se aplica en poner en hora su reloj, afilando sus lápices, para contar lo que ve o imagina en formato de tira diaria. Los resultados son esclarecedores, inquietantes, casi siempre teñidos de esa insana ironía que, con el paso del tiempo, llegaría a ser marca de la casa. Una joya del realismo enfermizo. Algo así como poner a un Tintín pasado de farlopa y pacharán a pasear por la Calle Mayor de





Puerto Hurraco, con la escopeta de perdigones al hombro y en la feliz compañía de un Milú rabioso. Porque cada día de la semana es un día de furia en la sección de Sucesos. Por eso convierte Miguel Ángel Martín algo tan fugaz e impactante como es la última hora más negra en un coto privado y reservado para mostrarnos el horror.

Enfoca su mirilla el ilustrador hacia esa España que, como entonaban *Defcon-2* por aquellos tiempos a modo de himno, ya no es roja, ni azul, sino negra como el betún. Reinventa Martín la foto cuando no hay puñeteras fotos, mostrándonos el hachazo, el homicidio, el parricidio, la violación, al asesino múltiple, la profanación de tumbas, el ajuste de cuentas... Y en pleno *show* cotidiano del horror, Martín nos agarra por los huevos para no soltarnos y, mirándonos fijamente cara a cara, escupirnos hasta dónde puede llegar un español cuando la cosa, a mitad de la partida





de mus dominguera, se va de madre y se convierte en un baño de sangre por culpa de un as de oros.

Cada pequeña noticia es una pequeña obra de arte acompañada de pies de foto de calibre grueso. Basten dos ejemplos: «Mató a su madre a puñaladas afirmando que él era Dios» o «Parricidio en los barrios de Luna». Principio y fin de una época que, por lo visto, nunca volverá. Años felices en los que un periódico de provincias era capaz de resolver la cuestión gráfica de su sección de Sucesos dando la oportunidad a un jovencito con hambre artística de demostrar lo que llevaba dentro. Queda bastante claro que, por lo menos en lo que respecta al periodismo, cualquier tiempo pasado fue mejor. Gracias por tu trabajo, Miguel Ángel Martín, y gracias a Benigno Castro, director de *La Crónica de León* en aquellos nada felices ochenta.

«¿Hueles eso? ¿Lo hueles, muchacho?». «¿Qué es?». «Napalm, hijo. Nada en el mundo huele así. ¡Qué delicia oler napalm por la mañana! Una vez, durante doce horas, bombardeamos una colina, y cuando todo acabó, subí. No encontramos ni un cadáver de esos chinos de mierda. ¡Qué pestazo el de gasolina quemada! Aquella colina olía... ¡a victoria!». Lo que es a mí, igual que al tarado del capitán Kilgore (Robert Duvall) me encanta el olor del napalm por la mañana. Como me gusta, asimismo, el olor que emanan los gofres con sirope de chocolate al mediodía. Pero, sobre todo, y por encima de todas las cosas, adoro el aroma de la redacción de un periódico no digital en esa hora acelerada, densa e intempestiva que se conoce como «cierre». Aunque sea algo que, como el periodismo en sí, hoy por hoy está a punto de extinguirse.

El cierre es la piedra de Sísifo del periodista. Y ese mismo cierre, reconvertido en ERE y en baja voluntaria, se muta en metáfora de una catástrofe. Del final de un oficio tan antiguo como la humanidad en el que, ¡qué claro lo tenía el mítico Manu Leguineche!, desde que se pobló de tipos encorbatados —directores de márketing en inmensa mayoría— y

botellines de agua mineral en lugar de copazos de Ballantine's, perdió su identidad y hoy no es más, recorte va, recorte viene, que una profesión de aplicadas y metódicas mecanógrafas con las uñas pintadas de rojo *russian red*. Nada que ver con aquel campo de batalla minado en el que se curtieron grandes *juntaletras* y *plumillas* irreductibles como el propio Leguineche, que en paz descanse.

«Una noticia es aquello que le interesa a un tipo al que nada le importa apenas. Y solo es noticia hasta el momento en que lo ha leído». Son palabras de Evelyn Waugh puestas en su novela ¡Noticia Bomba!, aquella genial sátira del periodismo «amarillista» y los corresponsales en el extranjero que publicó en 1938. Se nota que Waugh nunca vio las viñetas de Martín ni supo de su trabajo en aquel periódico de provincias ochentero. De hecho, con Miguel Ángel Martín una noticia es aquello que, gracias a una de esas escasas imágenes que valen más que mil palabras, se graba en la conciencia de cada lector como un tatuaje carcelero. Y ya no se olvida nunca, puesto que algunos dibujos impactan mucho más que la fotografía más cruda del mundo. Y al libro que ahora tienes entre las manos, amigo lector, me remito.

Qué pena. Es una verdadera calamidad que el actual viejo nuevo periodismo no esté de desfasada parranda, como había estado siempre, a la salida de cada cierre diario, sino medio muerto. Casi fiambre y enterrado. Moribundeando, en estado comatoso por culpa de accionistas carroñeros y escuálidas cuentas de resultados. Por eso se aferra uno a las viñetas de este *Crónica Negra* de Miguel Ángel como si fuesen la parte contratante del diario del final de una época dorada, de una era. Y se suma a ese Tintín que recorre Puerto Hurraco en la furibunda compañía del rabioso Milú, de Manu Leguineche, de Miguel Ángel Martín, de los hermanos Izquierdo y del coronel Kilgore. Con *La cabalgata de las Valkirias*, de Wagner, sonando en el radiocasete a todo trapo. Armados, peligrosos, sobradamente indignados. A la caza y captura de trepas trajeados

por Armani, de directores de publicidad a los que abatir. Porque *Charlie* no hace surf, nunca lo hizo, en realidad, y a algunos nos sobran todavía cojones para coger olas en cualquier playa, en cualquier redacción soñada, perdida, cerrada, añorada, revivida, resucitada.

DAVID BENEDICTE



NOTA DEL EDITOR

Martín y el Gallego Errante

En El Verano de 1986 Miguel Ángel Martín tenía 26 años, dibujaba cómics y quería ser dibujante de cómics. Su estilo limpio, la línea clara de su dibujo, contrastaba con la dureza de sus guiones, de humor ácido y directo. Con esa claridad de trazo empezó a ilustrar las noticias de sucesos en un periódico de provincias que intentaba abrirse camino, La Crónica de León.

A finales de los ochenta, las noticias aún llegaban a las redacciones por el teletipo, tocando las campanillas cuando se trataba de una tragedia o de la muerte de Franco, que se murió a campanillazo limpio, con los teletipos echando humo. Los redactores de sucesos, o al que le tocara ese día cerrar la página se sucesos, que en provincias no hay secciones que valgan, reescribían lo que mandaban las agencias, y en ocasiones hasta empeoraban los textos por aquello de las prisas, el cansancio y quien sabe si también un aliento de incompetencia.

Martín cogía la hoja cortada del teletipo o la página ya maquetada con el hueco para su ilustración y ponía imágenes a asuntos de tanto interés informativo como que «"El Galfarrias" atraca en una misma noche una discoteca y a un taxista», «Dos fans de Luz Casal son arrollados por un tren durante un concierto» o «La mujer de un médico belga mata a sus dos hijos antes de suicidarse».

Después del verano, cuando los periódicos hacen sus grandes cambios para seguir pareciendo iguales, a alguien se le ocurrió aquel mismo año que Martín ilustrara también los grandes crímenes históricos que sostenían la *Crónica Negra* de la provincia. Y así empezó la sección de prensa que da nombre a este libro. Ya solo faltaba alguien que escribiera los textos.



EN OCTUBRE DE 1986, cuando Martín seguía teniendo 26 años, Joaquín Nieves ya superaba los 60 y, si no lo había hecho ya, estaba a punto de jubilarse. De temprana vocación periodística, se había especializado en sucesos en *Proa*, periódico estatal de la Cadena Prensa del Movimiento que a partir de la muerte de Franco se reconvirtió en el organismo público Medios de Comunicación Social del Estado. Fue entonces cuando decidieron cambiar el término náutico del diario leonés —Franco nació en Ferrol, junto al mar— por otro más ambiguo, *La Hora Leonesa*, que a la sajona sería algo así como *The Times of Lyon*.

Nieves llevaba media vida en León sin perder el acento orensano de su Verín natal, tal vez porque no hablaba mucho. Taciturno, no demasiado alto, delgado y alopécico, transitaba las calles bajo la lluvia protegido por una gabardina que parecía no quitarse para dormir y que acentuaba su aspecto de sombra en la noche, de *Gallego Errante*.

Había hecho las prácticas en el $\it Ya$ de Madrid, que engrasaba la rotativa a golpes de hisopo, y se había curtido con maestros como Miguel De-

libes, Ernesto Giménez Caballero, Luis María Anson, Bartolomé Mostaza, Félix Morales, Augusto Assía, Enrique de Aguinaga... De ellos le quedaba una prosa retórica, sin libro de estilo, con tendencia a ocultar los datos relevantes y dejar la noticia importante para el final, como aquellos que van apartando las gambas de la ensaladilla rusa para después, cuando ya tienen saciado el apetito de patatas. Asistió, contaba él mismo, a la creación del diario *Proa* «por los falangistas», se hizo con las corresponsalías del *Marca* y la *Agencia Efe* y llegó a dirigir los deportivos *Meta* y *Corner*.

Joaquín Nieves venía de retirada cuando Miguel Ángel Martín velaba sus primeros rotrings, pero no se contaminaron, ni se influyeron, ni planearon juntos cómo llevar adelante la sección. Es más, en los meses que trabajaron juntos nunca se vieron; o si lo hicieron, jamás se dirigieron la palabra. La labor de dirección de esa *joint venture* tan insensata tuvo la virtud de no ejercer, de seguir la pauta del libre albedrío y, gracias a ello, los textos se han quedado arterioescleróticos, secos y sin lustre como las reliquias de los santos, pero las ilustraciones de Martín todavía guardan ese acento exótico y libre, transgresor y provocativo que caracteriza toda su obra.

Regresar durante la elaboración de este libro al túnel del tiempo de *La Crónica de León* durante los ochenta ha sido toda una experiencia de gozos —las ilustraciones de Martín— y de sombras —casi todo lo demás—, pero el resultado no puede ser más contundente.

Los originales más críticos, los que resultaban más difícil de reproducir, se han vuelto a escanear, la compaginación ha variado de acuerdo a la intencionalidad original de cómo quería el ilustrador narrar secuencialmente cada suceso, muchas veces no respetada en la maqueta de prensa, y todos los textos han vuelto a ser escritos, intentando que se aproximaran al espíritu del dibujo: duro y a la cabeza, concisión y expresión.

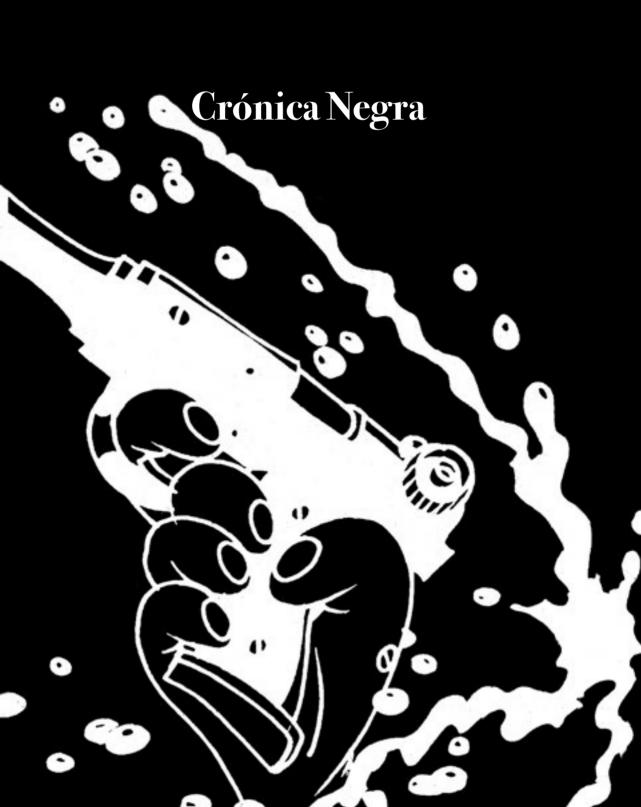
Ese retorno a Puerto Hurraco, que tan sabiamente ha bautizado David Benedicte, ha sido intenso e instructivo. Ha obligado a sustituir el

montaje rápido con llave Allen del mueble de Ikea por la ebanistería, buscando fechas perdidas, datos desaparecidos o mal contados, e incluso se ha rescatado un crimen que en su día únicamente fue anunciado y finalmente no se publicó por las presiones de la familia del homicida; sin duda gente notable y de bien.

La Hemeroteca de la Biblioteca Pública de León y la familia, siempre atenta a apoyar la labor editorial y creativa, aunque en este caso vaya provista de un acento criminal, también han echado una mano. Si el resultado es satisfactorio, en este caso y como siempre, la culpa es de Martín. Enteramente de Miguel Ángel Martín.

JESÚS EGIDO







Asesinan a un guardia civil leonés (28 - 11 - 1941)



Un loco fugado del manicomio asesina a un teniente coronel de la Guardia Civil. Coincidiendo con la muerte de Alfonso XIII en Roma (28-II-1941), Miguel Jiménez Talavera mató a bocajarro de varios disparos al teniente de la comandancia de la Guardia Civil de León, Gregorio Haro Lumbreras. Fugado del manicomio, el asesino disparó en su huida contra otros miembros de la benemérita. Los guardias lo abatieron de un certero disparo en la cabeza.



El homicida Miguel Jiménez Talavera había huido del manicomio de Palencia dos días antes de cometer el crimen.



El agresor huyó por las calles de León y se refugió en el colegio de los Padres Agustinos. Tras efectuar algunos disparos, se hizo fuerte en el interior del centro.



El asesino fue abatido de un disparo por un número de la Guardia Civil.



Muerte por imprudencia de un guarda jurado (26 - VII -1944)



El vigilante de una piscina mata de un tiro a un joven. Benito Moreno Carnero, que junto a otros jóvenes celebraba las fiestas de Santa Ana, en León capital, resultó muerto de un disparo mientras cortaba ramas con un machete subido a un chopo, para adornar el templete de la orquesta. Roque, el guarda jurado de La Venatoria, sociedad recreativa próxima a la chopera, disparó al tronco del árbol para asustar a los jóvenes. Su mala puntería resultó fatal.





Las fiestas del barrio tuvieron que ser suspendidas por la tragedia y el homicida permaneció encarcelado varios años en la prisión de Puerta Castillo, condenado por un «acto voluntario temerario».

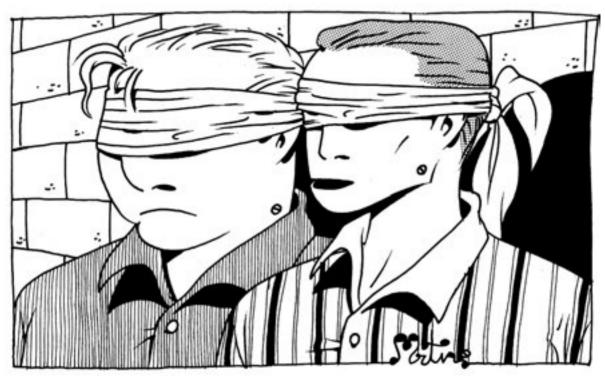


Tragedia paralela. El mismo año, otro guarda jurado no fue verdugo sino víctima. Toribio Escobar fue hallado muerto en un descampado de Santa María del Río (León), a orillas del río Cea. Su cadáver apareció con el cráneo destrozado por golpes de azadón. La Guardia Civil detuvo a dos vecinos, que mataron a Toribio por cuestiones de derechos de riego.

Secuestro y muerte de Emilio Zapico Arriola (Verano de 1946)



UNA TRAMPA TENDIDA POR LA GUARDIA CIVIL RESULTÓ LETAL. Un joven de la alta sociedad leonesa, Emilio Zapico Arriola, fue secuestrado por tres individuos, alguno de ellos conocido de la víctima. Los secuestradores solicitaron un rescate de entre uno y tres millones de pesetas. La Guardia Civil diseñó una estrategia para engañar a los delincuentes, pero no tuvo éxito. Al darse cuenta de la argucia, los raptores ejecutaron al secuestrado y lo abandonaron en una bodega de Barrio de Nuestra Señora (León).



Secundino Rodríguez, Higinio Nicolás *el Gitano* y Manuel Ferrero fueron condenados a muerte tras un juicio sumarísimo, acusados del secuestro y asesinato del joven Emilio Zapico. La sentencia se ejecutó en León capital el 7 de marzo de 1947.

Un funcionario asesina a tiros a un matrimonio (24 - IX -1946)



Doble Asesinato en una localidad minera del Bierzo. Nabor García Díez, funcionario municipal de la localidad minera leonesa de Folgoso de la Ribera, mató con su escopeta en un arrebato de locura a Agustín Campazas y a su esposa, Benigna Parrilla García. Los investigadores concluyeron que el móvil se debió a una serie de disputas relativas a la marcha de algunos expedientes municipales. Campazas había sido alcalde de la localidad y, al parecer, insultaba continuamente a García Díez, quien se entregó a la Guardia Civil.



León dispara su criminalidad (1949)

Año SANGRIENTO. 1949 fue cruel para la provincia leonesa. La estadística criminal arrojó un balance salvaje, con al menos cinco casos de muertes a garrotazos y puñaladas. La posguerra mostraba su cara más siniestra.

